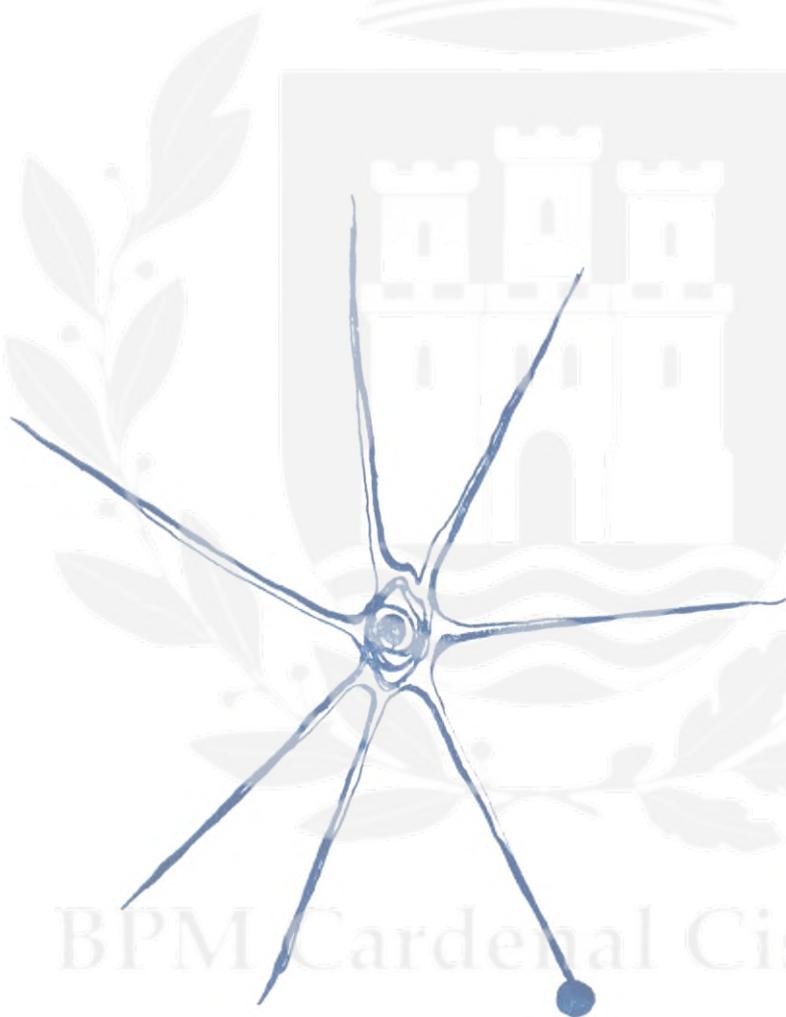




25

HEMEROTECA

ALONZOS



BPM Cardenal Cisneros



aldonza

noviembre, 1966

director:

alberto alvarez-ruz



colaboran:

manuel conde
julio ganzo
justo guedeja-marrón
miguel luesma castán
jaime masaveu
eduardo de la rica
ignacio rivera podestá
mariano salamanca rosado
t. r. o.



dibuja:

manuel revilla



dirección postal:

eras de san isidro, 4
alcalá de henares
teléfono 293 06 19

depósito legal: m. 17.499 - 1964

imprensa: t. p. a.

Manuel Revilla

HEMEROTECA

BPM Cardenal Cisneros

LA PAZ

Por EDUARDO DE LA RICA



VENDRA la paz
cuando la Palabra sea una
e indivisible.

En ti pienso, mañana
de hombres y bestias coordinados
en el último grito.

Reinará cuando
la Muerte sea una
e indivisible.

Vendrá una paz de quietas aguas,
rocas dormidas en su lecho,
árboles confinados
en sus propias raíces.

Un mundo de cordura dando vueltas
y vueltas,
esperando el milagro biológico
que restaure la guerra
a millones de años
en el tiempo futuro.

AQUEL OTRO AMOR

Por JAIME MASAVEU

HEMEROTECA



LOS HOMBRES no comprendemos
un amor que antes no vimos:
queremos
lo que tocamos y vemos,
lo que en la carne sentimos...
Pero de aquel otro amor
que se hace espera y dolor
en impalpables racimos,
¿qué sabemos?

BPM Cisneros

c...?

Del libro inédito «Comenzó por la voz, como las aves».

Por **MARIANO SALAMANCA ROSADO**

HEMEROTECA



NO RESPONDES.

Sólo una resonancia de pasos sobre arista.

Con carga deseada.

Y anotación de dudas en ábaco de estrellas.

Si acaso no te encuentras hállate en mí.

Sé,

sabes,

BPM ... sneros

de sordidez en vientres
opacos,
que conciben margaritas sin pétalos.
Y, para tu sonrisa,
en el sol y la lluvia me instruí en cirugía
estética,
de flores.
Miras...

Miro...

¡Sí!, declina la tarde.

Mas la frente conjuga un desvelo escarlata
mientras el pie desvía palideces de azufre.
Te infieres.

No digas la palabra si temes que te venza
sin saber el motivo.

Los sexos

—ni condición de yugo, ni sencillez de bestia—,
descansando a la orilla;

nosotros,
cedidas las mitades,
todo nuestro.

Responde.

Ya brotan hojas nuevas que van a entrañar alas
como esta voz que pide sosiego en tu ramaje
y que acuna en su eco un vuelo no ensayado.

Si en esas soledades te abrazas la figura,
diluida en la ola que traiciona la huida,
abierto está el postigo para enlazar las manos.
Sin forma.

Ni memoria.

No respondes.

Aguardas el momento en que imprecas al trébol
la delincuencia implícita en la Geometría;
al creerte de bruces en mosaico de ojos
apretados de sombra en vaina de cuchillo.

¡Tan valiente y entera!

¡Pero niña cansada cobijada en silencios!

Sin llenar el espacio de aquel cuello de cisne
en el aire y el agua.

Por JULIO GANZO

HEMEROTECA

NUNCA compensaré tu ausencia. Te hallas
oculta al corazón y al pensamiento,
rodeada con tinieblas entre mallas.

Reclama su timón la hoja en el viento,
en cambio va al garete tu navío
frunciendo mi tristeza en un lamento.

Oscilan tus deseos con el frío
sufrimiento, motor de la apariencia
obligada que quiebra el albedrío.

Brillando de costumbre por tu ausencia
apeñas si al trasluz de tu mirada
recojo un leve signo, una advertencia.

A veces se presenta inesperada,
temblando de emoción, una promesa
íntima que se troca siempre en nada.

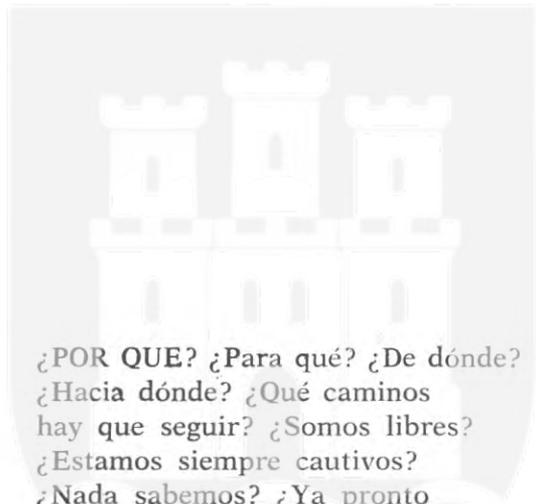
Habría que dar gracias si mi empresa
consigue sin denuedo su objetivo
naciendo, a flor de una leyenda, ileusa;

o acaso, descifrando qué motivo
culmina en un silencio que no pesa.

ROMANCE DE LAS PREGUNTAS

Por JUSTO GUEDEJA-MARRON

HEMEROTECA



¿POR QUE? ¿Para qué? ¿De dónde?
¿Hacia dónde? ¿Qué caminos
hay que seguir? ¿Somos libres?
¿Estamos siempre cautivos?
¿Nada sabemos? ¿Ya pronto
se rendirán al dominio
de las ciencias los misterios?
¿Podrá el tiempo ser vencido?
¿Tenemos algo de dioses?
¿Meros entes que existimos,
obedientes a resortes,
somos tan sólo? ¿Martirio
o placer este viaje?
¿Pisamos cumbres o abismos?

BPM Cardenal Cisneros

¿Por qué? ¿Para qué? ¿Quién puede
sacarnos del laberinto?

LA CATEDRAL DE LAS ARAÑAS

Por ALBERTO ALVAREZ-RUZ

Al poeta Manuel Pacheco.

HEMEROTECA



MUJER, si tú no tiembles,
si tras la aérea cúpula que labras
me muestras, brilladores,

BPM Cardenal Cisneros

esos cuerpos vacíos, descolgados,
yo entraré hasta tu catedral magnífica.
Allí, por las vidrieras,
en la radial coloración, el iris
cegará con un rayo mis pestañas.
Como un pozo de nombres,
el golfo de rubí de las palabras
contará a los vencidos:
treinta especies de luz, treinta guerreros,
sin élitros de sal en su armadura.
Allí, del lirio umbroso,
del jaramago contumaz, la sangre
brindaremos.
De adelfa y rama verde,
de rosa o de jazmines,
haremos las guirnaldas
para encalar la siesta de perfumes.
En lágrimas perladas
por el ónix ferviente de las cúpulas,
barbaré tus coronas
de azul y de coral entretejidas.
Y ya, sentado, en fin, ante las tumbas
de alabastro, talladas
con tus patas flexibles,
contemplaré las lápidas en polvo.
Pero no; conflicto y cuerpo
se te llenan de rayos.
y el huracán de guerra
se clava como un dardo en las esquinas.
Sobre un plinto levísimo
de siglos o segundos,
recogerás tu espada, y atenta al viento
sentenciarás los cuerpos prisioneros.
¡Oh, antorchas dislocadas,
hotel de luz, colgantes corredores,
mirad el corazón y si está frío!
Mirad el corazón sobre la tarde,
sobre los frescos troncos cercenados,
sobre el junco sutil; sobre la arena
mirad el corazón y si está frío.
Mirad el corazón como si fuera

un rostro amigo en su lugar preciso,
tan cerca del hermano, como el agua
se encuentra entre los límites del río.
No es tranquila tu playa, no es tranquila:
alargadas preguntas se me enclaustran
sobre el frío mortal de tus flotantes
bailadoras campanas,
ojivas de las torres
donde habitan los cuervos prevenidos.
Cuervos de noche y sol, cuervos de altura,
que a leve instinto, por un son llamados,
acuden por los techos, escapándose
por un campo de gules o de alas.
¡Qué sencilla la muerte entre tus dedos,
brazos mudos, realzados, distendidos,
de amazona azotando las escalas!
De rodillas, en pie, por las columnas,
el rueda de tu abdomen se dispara
entre un rumbo de pelos escarchados
y majestad postiza.
Acotado el silencio por los gritos
aquí se ve el dogal, allí la herida
en los grillos ardidos por la sangre.
Ecos de un nombre, tierra prisionera,
escondes en la espera sosegada
de tu simple apariencia,
brutal, sin espejismos,
donde un levè rumor hace su agosto.
No digo del dolor, de los dormidos
cabellos resbalados, tras el pozo
letal de su garganta,
pórtico de la sed y la negrura.
Ni digo del reloj, no dé la hora
monarquizante, absolutista y fija,
que al pie del condenado
llora el metal de su quehacer sonoro.
No me lo preguntéis.

Dejadla

en su grosura,
manceba y libre en su prisión de encaje,
bajo la fuga de su cielo plata.

PALABRA

Por MANUEL CONDE

HEMEROTECA

PRIMERO fue un gemido,
luego un sonido claro.
Primero fue la cosa,
y después su secreto.

El hombre no tenía
más que un anhelo intacto.
La vida se vivía,
y la muerte llegaba.

Aún no existía el hombre
de tierra, río, árbol.
Las manos escogían.
Todo estaba cercano.

A veces se adherían
los labios a los labios.
No se llamaba beso
y fluía el amor.

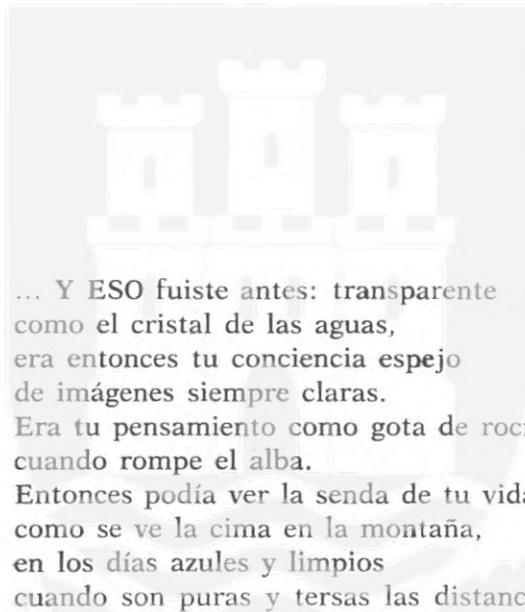
Otras veces se hundía
en un torso un venablo.
No se llamaba herida,
mas la sangre manaba.

De pronto, cada cosa,
cada ser, fueron nombres.
Hasta Dios tuvo el suyo.
Pero ¿por qué no olivo,
o estrella, piedra o tallo?

TIEMPO IDO

Por IGNACIO RIVERA PODESTA

HEMEROTECA



... Y ESO fuiste antes: transparente
como el cristal de las aguas,
era entonces tu conciencia espejo
de imágenes siempre claras.
Era tu pensamiento como gota de rocío
cuando rompe el alba.
Entonces podía ver la senda de tu vida
como se ve la cima en la montaña,
en los días azules y limpios
cuando son puras y tersas las distancias.

Pero ya pasó todo. Hoy sólo veo
una sombra en tu mirada.
Ya se me esconden tus pensamientos
y son hielo tus palabras.
Ya sólo eres la tristeza que al correr
enturbió de tu vida el agua,
el recuerdo ido que no vuelve,
marea muerta de dolor en calma.

BPM

Cisneros

PAZ EN LA MONTAÑA

Por MIGUEL LUESMA CASTAN

HEMEROTECA



LOS HOMBRES nacen y mueren
en el pentagrama gris de todos los crepúsculos.

No hay nada como ver el día, la luz,
las cimas soleadas
que susurran bellos montes sin siembra,
o la piel de los campos, ofreciéndose.

No hay nada como sentir el grito de la sierra
envolviendo a los hombres

BPM Cardenal Cisneros

que retornan
por los altos pasillos de la tarde.

La fe de sus abuelos duerme
a la sombra de los mallos, eternizándose.
Y la campana golpea con furia
su bronce inimitable,
tendiéndose en el tiempo
como una joven pura
en cuyo regazo lícito el amor duerme.

Casi siempre que ya empiezo a olvidarte,
pueblo nido del pasado verano,
me hago tuyo y náufrago
tras la desconocida orilla,
desde la cual contemplo tu recuerdo.

RIGLOS, llave
que abres la montaña de mi pecho,
dime que tú jamás cantaste a la muerte
como en los tristes cementerios de la guerra,
o como en los yermos páramos
de las grandes urbes.

Dime que, en tu regazo, los sueños bien labrados
tienen la blancura del agua;
que los pechos de tus gentes
pelean
en la insistente noche
como en un súbito mar, retornado.

¡Dime pueblo!
¿Por qué se afanan mis álbumes
en hacer más hermoso
el papel postal de tus ausencias?

¡Veo un chorro de agua que se entrega
a las nuévas simientes embrionadas!
¡Veo un barro, ya antiguo
deslizarse
hacia las grandes sombras de la noche.

ANTOLOGIA

X

HEMEROTECA

Por T. R. O.

EL ESTANQUE

SOSEGADO, hasta ingenuo. Sin embargo
el guiño de sus aguas
temo que guarde alguna desusada ironía:
¿Corrieron desatadas las ondas a topar con este borde
con sus rizadas crestas, cuando esto sucedía?

Bajo ese corazón de hojas de lirio
reposa otro en el agua, destrozado.
El perfil hacia arriba de una mujer yacente
es aquel lirio blanco
del estanque cercado, hondo, silente.

The Pond

EL ENGAÑO

POR MAS que la llamé no respondía
ni tampoco al tocarla se movía:
No daba muestras de tener aliento.
Cuando ya con temor las luces encendiera
la tuna se rió. Pensé, ¿y si fuera
algún raro y mortal sacudimiento?

La hubiera asesinado aquel instante
pues creí que fingiéndose farsante
dudaba de mi amor, tan escondido
que por hondo y secreto hasta se olvida
y parece soñado en esta vida.
Amor al que la muerte da sentido.

The Trick, por W. H. Davies (1871-1940)

CANCION PARA LA DUEÑA

HEMEROTECA

AMOR mío, no vayas por el sol:
Tus ojos cegaré de gris paloma y ajaré de tu piel el arrebol.

No alces nunca la frente, amada mía, aunque una voz te grite
[por el muro:
mira tu perfil mismo que en ese charco se refleja puro.

Sé feliz, amor mío, con las rosas vernaes. Haz tu jardín
[festivo:
algunos hay que lo profanarían para robar las flores sin motivo.

A Song for the Duenna

SONETO

AGARENA mujer que como el loto
me pides con tu móvil y alba mano
ver en tus labios y ojos el remoto
jardín y la respuesta del arcano.

Tú, la voz cantarina bajo el río
cuyo ardiente hontanar nace en mis venas.
Fugaz, nefasto pájaro de aquellos sueños míos,
estrella que me llama más allá de algún bosque en luna llena.

Tú, el gélido arrecife, vaho de fuego,
vernal senda temprana, embalse estivo.
Tú, la áurea ternura del otoño

y el quieto desafío del aire de diciembre:
la súbita pureza de sus rosas nacientes,
la desnudez combada, maternal de su cielo.

Sonnet

HEMEROTECA



INVOCACION DE MEDIANOCHE

MEDIANOCHE: campanas en acompañamiento melancólico de las torres visibles y solemnes, de los fríos pináculos dispersos. Tan sólo los atentos, los insomnes y los pródigos. Tan sólo los [que lloran y se afligen escuchan las campanas vigías que la puntual negrura engarza entre los días.

Mi carne está ahora hollada por creciente penuria y el hogar se derrumba al golpe del desánimo. La oscuridad ha roto el cándido mañana: a mí me dejan solo con mi vulgar pellejo y en la calle, linchado, dejan al pobre negro.

Amor, de oscuras fauces y ahorcado entre los mirtos, cazador y rondante que vas triste a la pena: fulmina el cuerpo tímido y esa carne aterida y recatada que se estremece y muere en el negro barrunto; que se ensordece al ruido de esas melancólicas campanas de mi [mente.

BPM Cardenal Cisneros

Invocation at Midnight, por John Heath Stubbs

Crítica de Libros

Por T. R. O.

NICOLAS FONTANILLAS, *Confesión*, Rocamador, 54. (Palencia, 1966).

TAMBIEN en este libro se facilita grandemente la labor reseñadora por el, más que lúcido, voluntarioso prólogo que abre marcha. Eso sí, salvando las limitaciones que supone escribir una presentación a la obra de un amigo personal, como parece ser éste el caso.

Fontanillas se nos acerca en esta entrega como poeta místico, lo cual ya es decir de lleno los peligros a que se expone su creación. Uno de los más agudos, ya voceados por nosotros en diversas ocasiones, es el de que pueda confundir el poeta su intención misma con el resultado. La intención le justifica a él plenamente, gozoso en su intimidad incommunicable. Al lector sólo le interesa el resultado, la palabra escrita y el sacudimiento estético que provoque. De aquí que sin poder encontrar un solo poema francamente desafortunado, también son pocos los que nos colman del todo, los que nos empujan a nuestra identificación con el poeta, al asentimiento de su comunicación. Sin llegar a afirmar rotundamente como el prologuista, que el soneto para Fontanillas «es un camino trillado donde no hay rincones que no conozca», sí calificamos a algunos de ellos, de logrados, cerrados con el justo remate. Un ejemplo, «Como el árbol herido», que acaba

Y creo que mi carne es tu madera,
que a punta de navaja está grabada
con falsos corazones, y con nombres,
porque en una remota primavera
también sobre mi piel quedó estampada
la inútil injusticia de los hombres.

Otro acertado final de poema a su segundo yo, al espejo de su ser, «Vigilante»,

Y te veo la cara, te adivino.
Y te la cruzaría
con el hierro candente
de mi mano en cilicio desatada.

De los 36 poemas que, en la ya proverbial mediana edición de la colección Rocamador, completan el libro, destacamos decididamente «Primavera», con que a modo de canto esperanzado termina esta obra de Fontanillas.

ANTONIO PEREIRA, *Del monte y los caminos*. El Bardo. Colección de poesía. (Barcelona, 1966.)

EN este libro de edición modesta, aunque realizada con gusto, Pereira escribe una suave poesía empañada a veces de tonos sociales, de queja ante la evidente desigualdad de destinos y vidas, si bien aquí el apodo de *social* sea lo que menos nos importe, porque es ante todo poesía intimista, de altos quilates a rachas, y lo de *social* lo pongamos por capricho orientador, casi innecesariamente, en justicia escrita. Pereira ha leído literatura buena y en sus versos se estremece una pasión de variedad, de búsqueda de la palabra, de técnica elección. Una de las realidades más simples y al tiempo más eficaces de Pereira es su nutrido vocabulario conllevando nociones campesinas y otras muchas cercanas a ese mismo espíritu. A veces, digamos en desaprobación, se deja arrastrar del fácil superlativo desvalorizado por el uso abusivo a que lo han sometido los poetastros:

de sus torres purísimas alzadas

Con todo, su canto, si bien global y quisiéramos llamar ecuménico, es subjetivo; de ahí el agarradero que su verso encuentra en nuestra memoria:

Parece que decimos compañía
si decimos caminos vecinales

Por otra parte, no nos equivocáramos, creo, al calificar a Pereira de poeta amoroso. La palabra *amor* hierde tiernamente el contenido de algunas estrofas. Así en «Los mozos»

Habría que dejarlos
partir porque aprenderían
de cómo la distancia.
es la forma suprema
del amor.

«La serranilla» quizá sea su poema más acertado y sugestivo, más que nada por descubrir al lector el mundo poético rico en recursos de Pereira. Un libro, pues, de tema vertido a las cosas hondas e insobornables de nuestra geografía, y al tiempo precioso documento de subjetivismo al modo neorromántico.

HEMEROTECA



BPM Cardenal Cisneros

noviembre, 1966